

SÉRGIO KLEIN

PODEROSA 3

DIARIO DE UNA CHICA QUE TENÍA EL MUNDO EN SU MANO



ANAYA

Título original: *Poderosa 3. Diário de uma garota
que tinha o mundo na mão.*

1.ª edición: octubre 2010

© Del texto: Sérgio Klein, 2007
© De la traducción: Jesús Marín Mateos, 2010
© De la fotografía de cubierta: Cosano, P./ Anaya, 2010
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2010
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-9331-5
Depósito legal: M. 38.856/2010
Impreso en Huertas, S. A.
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

SÉRGIO KLEIN

PODEROSA 3

DIARIO DE UNA CHICA QUE TENÍA EL MUNDO EN SU MANO

ANAYA

Índice

Béisbol para solteras	9
Una venus tímida	35
Monstruo inofensivo	51
Modernidad y tradición justo en el ombligo	83
Más importante que ser o no ser	111
Una santa en la casa	131
Terror en casa	151
Turismo digital	173
El idioma de los besos	199

Béisbol para solteras

La novia tiene setenta años, y eso es algo que genera polémica: no vemos todos los días a una representante de la tercera edad vestida de blanco y caminando con pasos firmes hacia el altar en segundas nupcias. Pero, además, esta señora no tiene nada de convencional: en una época en que muchas mujeres se someten sin pestañear a la cirugía plástica, a la liposucción, al láser, al *lifting*, al *peeling* y al *bótox*, en fin, que echan mano de cualquier novedad que elimine las arrugas y la celulitis, el personaje en cuestión no tiene interés en subirse los senos ni se preocupa demasiado por las patas de gallo. Pero no es que no le quede vanidad alguna; al contrario, siempre lleva en su bolso un lápiz de labios, protector solar y pañuelos de papel para contener (o, en cualquier caso, recoger) las lágrimas derramadas sin previo aviso que pudieran estropear el maquillaje. Pero me ha confesado que tiene miedo de la anestesia y más que miedo, verdadero pánico, de acabar como algunas actrices que, de tanto tirar y estirar, se han quedado con cara de palo.

Pero basta ya de hablar de la novia como si fuera una desconocida: se trata de mi abuela, ¡por supuesto!

El día de la boda, la abuela Nina se pasó toda la tarde en manos de la peluquera, la manicura, la pedicura, la esteticista, la masajista facial y hasta la nutricionista. Dicha mezcla estética la orquestaba Silvia, la dueña del salón de belleza, que no se contenta con su papel de empresaria sino que, además, cuida personalmente las uñas de sus clientas y, también, sus manos. La condenada tiene el don de la quiromancia y es capaz de desvelar el complicado significado de las líneas de las manos. Mientras esperan a que se les seque el esmalte de uñas, las mujeres aprovechan para hacerle consultas sentimentales y le muestran la palma en espera de saber qué les depara el futuro: boda, compromiso, noviazgo o cualquier otro tipo de relación.

Con tanta vidente de pacotilla como hay, la abuela dice que hay que ser escépticos en lo que al esoterismo se refiere. Silvia, sin embargo, no suele engañar. Tras examinar la mano de mi abuela, sonrió y pronunció el veredicto:

—No le garantizo que vayan a ser felices siempre, que la vida no es un cuento de hadas. Pero sí le puedo decir, Nina, que su matrimonio tiene muchas posibilidades de funcionar.

Matrimonio: la misma palabra parece mágica, ya que de repente se hizo un silencio absoluto en uno de los salones de belleza más frecuentados de la ciudad. Gran parte de las clientas giró la cabeza hacia donde estaba la abuela Nina, pero ninguna tan sorprendida como una tal Matilde.

Rondaba los cuarenta, pero intentaba ocultar la edad mezclando diferentes estilos y tendencias: el vestido con cuello de punto olía a naftalina, y el carmín rosa chillón le daba cierto aire de cacatúa vieja. Estaba sentada en un rincón del salón, con un pie en un recipiente de agua y el otro entregado a los cuidados de la pedicura.

Matilde no pudo contenerse:

—¿Quién se casa? ¿Su nieta?

—No, señora —me apresuré a responder—. La novia es mi abuela.

—Y el novio —añadió Silvia— es un chico de veinte añitos.

Tal fue la sorpresa de Matilde que casi derrama el agua al suelo.

A mi abuela Nina le dio un ataque de risa antes de poder desmentir dicha información:

—Déjelo ya, Silvia. Henrique es de mi misma edad.

Silvia se justificó diciendo:

—No me refiero a la edad que indica su partida de nacimiento sino a la edad mental. Señoras, el tipo es todo un artista. Toca todos los instrumentos habidos y por haber, habla no sé cuántos idiomas, ha vivido en un montón de países y ha actuado en los principales teatros del mundo. Tienen que oír la música que compuso para mi amiga. Se llama «*Choro para Nina*». Solo de recordarlo se me ponen los bellos de punta. Una persona así no puede envejecer.

—¡Pero qué exageración! —dijo la abuela Nina, enorgulleciéndose en el fondo de los elogios.

—Es la pura verdad —insistió Silvia—. El mismísimo Henrique me dijo que siempre estuvo enamorado de usted. No en vano tiene tatuada una N en la mano.

No sé nada de telepatía, pero no era difícil adivinar la infinidad de preguntas que las clientas rumiaban en silencio: ¿Qué tendrá esa vieja que no tenga yo? ¿Cuál será la receta para convertirse en musa e inspirar canciones de amor y tatuajes? ¿Cómo una viuda que no se ha hecho ninguna cirugía consigue poner a cien el corazón de un músico? ¿O quizás haya pasado ya por el bisturí y lo oculta?

Al mencionar Silvia que el amor no entendía de edad, Matilde se giró y lanzó un comentario de arpía:

—¡Qué gracia! Usted, que siempre estuvo en contra del matrimonio, ahora, de repente, cree en el amor a primera vista... A eso lo llamo yo quemarse la lengua tragándose las palabras.

Tras fracasar su matrimonio, Silvia siempre decía que los hombres en general (y los maridos en particular) eran trogloditas que solo servían para matar cucarachas y cambiar bombillas. Pero la opinión de la dueña del salón de belleza cambió radicalmente cuando comenzó a salir con Paulo, el profesor de Historia más atractivo de nuestro colegio y de todos los del planeta (tan atractivo que se ganó el apodo de Apolo, dios que personifica el ideal de perfección física en la mitología griega).

—Quemarse la lengua es bueno para la salud —refutó Silvia, que odia tragarse el veneno—. Así los besos son más ardientes.

Silvia es la madre de Domingo, mi novio, lo que la sitúa en la incómoda posición de ser mi posible futura suegra. Pero tengo que reconocer que no tiene nada que ver con la imagen de bruja que amarga la vida de yernos y nueras de los chistes machistas del folclore nacional. Se trata en mi caso de una amiga y confidente siempre dispuesta a ofrecer consejo. Fue ella, por cierto, quien me ayudó a descubrir el poder de mis palabras.

Lo recuerdo como si fuese hoy. Después de mirarme la palma de la mano izquierda, se le saltaron las lágrimas y dijo que jamás había visto un destino tan bien trazado.

Pero... ¿qué quería decir?

Dijo que, la mayoría de las veces, el mensaje de las líneas de la mano está escrito en un estilo barroco, tan re-

cargado de metáforas y enigmas que ni la misma quiromántica es capaz de interpretarlo con exactitud. En mi caso, solo sabía decir que yo tenía el don de cambiar la realidad. Pero ¿cómo? Solo yo podría dar con la respuesta.

Me llevó algún tiempo descubrir que era capaz de transformar el mundo a través de la literatura: todo lo que escribo con la mano izquierda (redacciones, poemas, notas y frases) se convierte inmediatamente en realidad. La revelación surgió en una redacción que hice sobre la vida de Juana de Arco. Comencé contando lo que constaba en los libros: encabezó el ejército francés en la Guerra de los Cien Años, cayó presa y fue juzgada por el Tribunal de la Santa Inquisición, y falleció en la hoguera por bruja a los diecinueve años. Siglos más tarde, la Iglesia intentó redimirse canonizando a la campesina guerrera, aunque entonces la protagonista ya no podía disfrutar del homenaje. Incómoda con dicha injusticia, decidí ignorar los libros de Historia e inventé otro final diferente para la santa patrona de Francia: en mi redacción escapaba de la hoguera, llevaba al ejército francés a la victoria contra los ingleses, llegaba a anciana y moría dejando como herencia un diario secreto donde narraba todas sus aventuras.

El texto formaba parte de un trabajo de Historia, y mi licencia poética enfureció a Apolo y no se me permitió que terminara de leerlo. ¿Pero dónde tenía la cabeza para atreverme a cambiar la biografía de «uno de los mayores iconos de la civilización occidental»?

Respondí que soñaba con hacerme escritora y, como tal, no podría confinar mi imaginación a los reducidos límites de la historia oficial. Este argumento no me libró del cero pelado y por poco me expulsan del colegio. Tuve suerte de que la pareja de presentadores del telediario de

la noche anunciara que un equipo de arqueólogos franceses había descubierto el diario de Juana de Arco. Y los secretos de dicho diario confirmaban todo lo que yo había escrito.

Debo confesar que me aterrorizó la idea de alterar el curso de la Historia, idear frases que cobrarían vida, y convertir a familiares, compañeros y vecinos en meros personajes. Al principio me encerraba en mi cuarto y utilizaba las palabras como cobayas para experimentos inofensivos. En un trozo de papel escribía: «El cajón de los calcetines y las bragas va a estar ordenado. ¡Quiero verte, lagartija, caer del techo! Me apetece ir al cine».

Luego, abría la puerta del armario y quedaba maravillada por el orden: los calcetines y bragas estaban doblados y organizados por tamaño y tejido, en un lado la licra y el algodón en el otro. Al mirar al techo, ya no veía a la lagartija, que había caído al suelo y corría de un lado a otro para que no la pisaran. Y, finalmente, sonaba el teléfono, yo corría para contestar y era Elenita para invitarme a ir con ella a ver una película romántica.

Poco a poco fui adquiriendo confianza en mí misma e hice que mis poderes traspasaran las paredes de mi habitación. Conseguí transformar a mi padre en un romántico compulsivo para que él y mi madre, que se habían separado hacía poco, volvieran a estar juntos; resucité al perro de Silvia, al que mató su ex marido; salvé a Domingo de morir a balazos en un tiroteo entre la policía y unos secuestradores, e hice que mi abuela renaciera y volviera a vivir rebosante de salud.

Quien me oiga podría confundirme con una superheroína de tebeos, de las que visten capa brillante con botas altas y siempre están dispuestas a defender a los débiles y

oprimidos (sin necesitar, siquiera, retocarse el maquillaje). Pero, bueno, mi diario no es ningún diván de psicólogo: mentir no tiene sentido. Tengo que admitir que he escrito algunos textos que tenían un objetivo, por así decirlo, nada noble.

Hubo una ocasión, por ejemplo, en que perdí la paciencia con una compañera del colegio. La monada se llama Danyelle, con *y* griega y dos eles, toda una aberración ortográfica con la que firma orgullosa, ya que, según ella, «combina la elegancia inglesa con el encanto francés». ¡Por Dios! Escribir así es propio de pueblos colonizadores y arrogantes. Considero que es mucho más adecuado escribir su nombre como en portugués: con una sola ele y sin y griega. Pero no fue por la lengua (esa lengua) por lo que me enfadé. El problema es que Dany se empeñó en besar a un chico que, casualmente, era el mismo que me acababa de invitar a ir al cine.

Yo sabía que le encantaban los *piercing*, y los tenía de los pies a la cabeza, y por eso pensé que debía regalarle uno más; y una frase escrita a toda prisa me sirvió para sellar sus labios con una argolla.

¿Que si fui un poco exagerada? Pues quizás, pero solo me estaba defendiendo. Y fue por el mismo motivo (reaccionar contra una agresión) por el que decidí utilizar mi poder en el salón de Silvia el mismísimo día de la boda de mi abuela contra la envidia de aquella cacatúa.

La depilación de las axilas no es exactamente lo que se dice una actividad relajante, pero la abuela Nina mantenía el buen humor y trataba de responder a las mil y una preguntas que expulsaban las clientas por la boca: quién le había hecho el vestido de novia, cuál era el menú del banquete, si el novio era tranquilo o fogoso y dónde iban de

luna de miel. Lejos de novios y maridos, las mujeres se sentían libres y podían gastar bromas picantes, transformando la tarde en una deliciosa despedida de soltera. Bueno, en este caso, de viuda.

Sin embargo, hay una diferencia entre el picante y el veneno. Y, al rato, entre risas y carcajadas, Matilde se giró hacia una de las peluqueras y murmuró entre dientes:

—Tanta pasión a esa edad..., me huele a matrimonio de conveniencia.

Yo estaba sentada a su lado, haciendo crucigramas mientras esperaba el turno para la secadora. Ante tal barbaridad, me armé de valor y dije que mi abuela era rica, pero rica de carácter, sinceridad, elegancia, carisma y compasión, valores que no se encuentran en los escaparates al ir de *shopping* ni que se pueden conseguir con un matrimonio de conveniencia. Pero hablar cansa tanto... No quería cansarme con discusiones inútiles y preferí desahogarme escribiendo.

En la misma revista de crucigramas, puse una letra en cada casilla:

M	A	T	I	L	D	E		
S	E							
A	T	R	A	G	A	N	T	A
C	O	N		S	U			
P	R	O	P	I	A			
L	E	N	G	U	A			

Al levantar los ojos de la revista, vi que Matilde hacía muecas extrañas y noté que la infeliz carraspeaba con fuerza. No tardó mucho en llevarse las manos al pescuezo y sucumbir a una tos que casi la asfixia. La cara se le puso pálida, los labios, rojos, y sacudía los brazos en el aire como si nadara intentando llegar a la superficie. Mientras Silvia traía un vaso de agua, tanto las empleadas como las clientas sugerían remedios infalibles: levantar los brazos, inhalar alcohol, frotarse hielo en las muñecas, contar desde cien hasta uno, poner la cara delante del ventilador, entre otras muchas locuras.

Sin embargo, nada dio resultado. Matilde solo consiguió recuperar la respiración después de que todo el salón (incluida yo) nos liáramos a guantazos con ella.

* * *

La verdad es que mi abuela no quería casarse por la Iglesia; le preocupaba hacer de novia y temía ponerse en ridículo. Decía que lo único que tenía edad de celebrar eran las bodas de oro, ¡eso sí! ¿No sería mucho más lógico y sensato organizar una ceremonia sencilla, solo para la familia y amigos más íntimos?

Pero según Henrique, el amor no tiene nada que ver con la sensatez y mucho menos con la lógica. Y dice que una pizca de locura no hace mal a nadie; al contrario, quien vive intentando ser normal tiene más probabilidades de perder el juicio. Además, de vez en cuando hay que reírse de uno mismo y tirarse de cabeza al ridículo.

Henrique estaba acostumbrado a tocar para grandes multitudes y no tuvo dificultad alguna en entrar en la iglesia repleta de gente. Atravesó el pasillo central del bra-

zo de mi madre, con el pecho firme y la cabeza erguida. Aun así, toda la seguridad se le evaporó al poner el pie en el altar. La experiencia de músico consagrado, con una carrera internacional de gran éxito, no fue suficiente para evitar una crisis de ansiedad, que provocó que anduviera de un lado para otro echando miradas disimuladas al reloj y sonriendo a los padrinos para así camuflar un sentimiento común a todos los novios del mundo: el pánico a que los abandonen en el altar.

Las mujeres también corremos el mismo riesgo, aunque tenemos la ventaja de entrar las últimas en la iglesia. Por lo tanto, entramos con la certeza de que el novio de turno nos espera al final del pasillo. En caso contrario, siempre nos queda tiempo de escapar dando media vuelta y subiéndonos al primer taxi que veamos (o, con suerte, al coche que nos trajo). Los hombres, sin embargo, nos tienen que esperar y por eso son más vulnerables a la tragedia de que los señalen el resto de la vida: «¿Ves a ese? ¡La novia lo dejó plantado en el altar!».

Diez minutos de retraso equivalen a siglos en la imaginación de un novio inseguro; a Henrique casi no le quedaban uñas cuando finalmente se abrieron las puertas de la iglesia.

La abuela Nina estaba sencillamente divina (y divinamente sencilla). El vestido era liso, sin bordados ni encajes, aunque no le faltaban los botones de madreperla dispuestos en fila a lo largo de la espalda. Llevaba zapatos bajos, poco maquillaje, y una tiara de flores silvestres en vez de velo y guirnalda. Las mismas flores formaban el buqué y le acentuaban el aire de niña: parecía como si estuviese allí no para casarse sino para recibir la primera comunión.

Mi padre insistió, aunque ahora esté separado de mi madre, en entrar en la iglesia del brazo de la abuela Nina. Se quedaron un momento en la puerta, posando para el *flash* de los fotógrafos y esperando los primeros acordes de la marcha nupcial. Al menos era así como lo habían ensayado todo, pero, a última hora, el músico contratado por el novio se levantó del órgano y echó mano del saxofón para tocar el «*Choro para Nina*».

Ver a mi abuela entrar en la iglesia, al son de la música que Henrique había compuesto especialmente para ella durante su exilio, hizo que todos los asistentes nos emocionáramos. Muchas de las mujeres miraban al techo de la iglesia, intentando desesperada e inútilmente evitar que se les desbordaran las lágrimas y se les corriera el maquillaje. Por suerte, mi madre estaba junto a mí y me prestó el pañuelo que tenía en su bolso. Mi padre se puso a su lado, como si todavía fueran pareja, pero a pesar de tener los ojos llorosos no aceptó el pañuelo arguyendo el antiguo pretexto machista de solo tener una mota de polvo en el ojo.

Se emocionó hasta el padre Lázaro, quien prefirió no hablar mucho para no confundir las palabras. Nos recordó que la abuela Nina se quedó viuda muy joven y crió sin ayuda de nadie a su hija, a la que mantenía con la venta de dulces, empanadillas y otras delicias (como el inconfundible caldo de frijoles) que hacía por encargo. Hizo hincapié, además, en el hecho de que aquella mujer admirable se las había apañado para combinar la cocina con la caridad, mediante la distribución de comidas entre las familias pobres que vivían en la calle.

Para terminar, el padre Lázaro se dirigió a Henrique, le dijo que era un hombre de suerte y, además, le rogó que cuidase de mi abuela con todo el amor del mundo. Dicho

ruego era en realidad una orden, que venía acompañada de la amenaza correspondiente:

—¡Pobre de usted si mi amiga Nina no fuera feliz para siempre! ¿Eh?

Confieso que me sentí un poco preocupada, por no decir aterrorizada, poco antes de la bendición de las alianzas: la labor de transportarlas hasta el altar, sobre un cojín de terciopelo, había sido asignada ni más ni menos que al imprudente de mi hermano.

Álex solo sabe correr por toda la casa y golpearse constantemente contra los muebles, y siempre tiene un chichón nuevo en la cabeza. Pero esta vez decidió comportarse correctamente y atravesó la iglesia sin patinar en la alfombra ni tropezar con los escalones, y sin dejar caer las alianzas. Exceptuando la lengua que les sacó a los fotografías, alcanzó el altar sin cometer ninguna metedura de pata. Quien no lo conociera podría hasta pensar que es muy civilizado.

Sin demorarse, el padre Lázaro formuló la pregunta que yo solo había escuchado en las bodas de las películas y en las telenovelas:

—Si alguien conoce algún impedimento para que esta unión se celebre, que hable ahora o calle para siempre.

Miré inmediatamente a Álex, temiendo que dejase escapar alguna de sus gracias. Pero mi hermano estaba totalmente distraído y boquiabierto contemplando la imagen de Cristo crucificado en uno de los altares laterales. La pregunta era tan solo una formalidad, tanto que la mayoría de los sacerdotes se saltan esa parte de la ceremonia, de ahí la sorpresa general cuando alguien rompió el silencio con un estornudo tan inoportuno como escandaloso.

Todas las cabezas se volvieron hacia los primeros bancos. Era ahí, cerca del pasillo, donde estaba sentada la víctima del supuesto resfriado: una mujer de unos cuarenta años, quizás un poco más, que intentaba parecer más joven al mezclar diferentes estilos y tendencias: pelo recogido con un moño del siglo XIX y un bolso bandolera de piel de leopardo. No tuve dificultad alguna en identificar a la cacatúa envidiosa que hacía comentarios venenosos sobre mi abuela en el salón de Silvia.

¡La mismísima Matilde! Y, en realidad, no estaba resfriada: según mis cálculos, soltó siete estornudos seguidos, señal de que sufría de alergia. Lo más probable es que tuviera alergia a la felicidad ajena.

Con buen humor, el padre Lázaro indicó que una crisis de estornudos no era motivo suficiente para interrumpir una boda. Luego, pasó a la bendición de las alianzas, les preguntó a los novios si contraían matrimonio por su propia voluntad y les pidió que prometieran ser fieles en la alegría y en... No tuvo tiempo de mencionar la tristeza.

Henrique estaba tan ansioso que interrumpió al sacerdote para decir que sí, ya que todo lo que siempre quiso en la vida era casarse con Nina. Y tampoco esperó al final de la ceremonia para besar a la novia, tras lo cual todos se levantaron para dar un enorme aplauso.

* * *

No hacía mucho, el caserón de la residencia de ancianos del Ayuntamiento había parecido embrujado: paredes descascarilladas, olor a moho, ratones en el desván y goteiras constantes, lloviera o no. Había dirigido la institución una tal Zoraida. ¿Dirigido? Creo que el verbo más adecua-

do es «explotado». Zoraida no solo se había apropiado de las donaciones que las familias y colegios realizaban, sino que también había reaccionado a las posibles reclamaciones y protestas cortando la televisión, el agua caliente y el baño de sol de los internos. Pero ahí no había quedado la cosa. Además de utilizar el cargo para su propio beneficio, la directora había dirigido una red de corrupción y contrabando que finalmente había descubierto la policía y había acabado con el encarcelamiento de todos los empleados involucrados.

La primera medida que tomó la abuela Nina, tras aceptar la invitación de dirigir la clínica, fue retirar la placa colgada en la entrada: «ASILO MUNICIPAL. Se ruega mantener el silencio y respetar el horario de visitas».

«Asilo» es una de esas palabras que no pueden vivir sin compañía. Cuando va acompañada, por ejemplo, de un adjetivo como «político», se hace políticamente correcta y representa, para los perseguidos en su propio país, la oportunidad de vivir libre y dignamente en otras naciones. Por otro lado, a solas, este sustantivo se deja contaminar por la melancolía y, en muchas ocasiones, se transforma en una especie de depósito donde abandonamos y olvidamos a los ancianos. Por si no fueran suficientes las dificultades financieras, la mayoría de estas instituciones adolecen de una profunda falta de originalidad al elegir su nombre. ¿Quién se puede sentir a gusto en un lugar llamado «residencia de ancianos», «casa de reposo» u «hogar de la tercera edad»?

La abuela Nina no perdió tiempo en pedirle ayuda a mi imaginación:

—Si esta casa fuera un libro, Joana, ¿qué título le darías a la historia?

Yo creía que dicha pregunta tenían que responderla sus moradores, pero así y todo prometí pensar sobre el tema e intenté pensar en el caserón como en el gran escenario de una novela. Además, entre los internos ya hay una amplia gama de personajes con un perfil psicológico perfecto para transformarse en los protagonistas de una historia.

Nito y Honorio, por ejemplo. Este dúo comparte la misma habitación y, por increíble que parezca, también la misma obstinación. Ambos se declaran profundos conocedores del fútbol y viven compitiendo para demostrar cuál de los dos recuerda más detalles de las Copas del Mundo (en concreto la de 1950 en que Brasil perdió contra Uruguay por 2 a 1 en el estadio Maracaná). Además, el deporte favorito de ambos es el intercambio de provocaciones.

Otra que parece salida de las páginas de una novela es Alicia, una mujer baja de ojos grandes y largas trenzas. Por el nombre, la altura y las trenzas, parece como si hubiera engañado al tiempo y se hubiera quedado atrapada en la infancia. Lo que más le gusta es devorar gominolas y jugar con sus muñecas. Tiene una amplia colección, expuesta sobre la cama, que la obliga a dormir encogida. Aunque eso no le molesta en absoluto: la maternidad exige ciertos sacrificios. Les pone nombre a todas y las trata como a hijas, y las premia con gominolas o castiga según se comporten. El castigo siempre es el mismo:

—Quién no me obedezca —dice Alicia todas las noches después de besar a sus muñecas una por una—, duerme sola debajo de la cama. Ahí es donde le gusta cenar al coco.

Y no puedo dejar de mencionar a una flacucha que se llama Emiliana. Se la conoce con el nombre de Mila, siem-

pre sonríe cerrando los ojos, no sabe hablar sin mover los brazos y cuenta anécdotas interesantes sobre los concursos de belleza del siglo pasado, época en que el sueño de todas las chicas era convertirse en *Miss* Universo. Pero la simpatía de Mila no ha podido evitar cierta hostilidad de sus compañeras. Ocurre que pertenece al grupo minoritario de mujeres que comen de todo (comen y repiten) sin engordar ni un solo gramo. Así que, involuntariamente, hace que se rebelen las rellenitas que siempre están en pie de guerra con la aguja de la báscula.

—¿Por qué me vuelven la cara? —se quejaba Mila.

—¡Yo no tengo la culpa de ser delgada!

—¡Pura envidia! —decía Adalgisa—. Solo debe preocuparte gustar a la gente que te quiere.

Adalgisa es alta, desgarbada y no transpira ni una pizca de vanidad. Le quedan pocos dientes y tiene una cicatriz que le cruza la boca, herencia de cuando vivía en la calle. Un día se peleó con un chico que quería robarle su gato preferido y la hirió con un trozo de botella. El golpe le abrió una brecha desde la nariz hasta la barbilla, además de empaparle el vestido de sangre, aunque no por ello le entregó al animal que le servía de amigo y de almohada.

Y pensar que tan solo era un peluche...

La abuela Nina conoce a Adalgisa hace ya muchos años. Cuando empezó a repartir comidas a los sin techo, conoció a una chica en la fila y decidió llevársela a casa.

Le dio de comer, le enseñó a leer, a escribir y a contar, e incluso la llevó a la consulta de un especialista para saber si la medicina podría disminuir aquella cicatriz. La solución pasaba por operar a Adalgisa, quien no veía ningún problema con su cara y mordió al médico en la mano cuando este la examinaba.

Algunos meses después de irse a vivir a la casa de la abuela Nina, Adalgisa desapareció sin dejar rastro alguno y nunca más se supo de ella. Solo se han reencontrado hace poco, una tarde en que, por casualidad, mi abuela pasaba frente al asilo y vio a una mujer en el balcón con una cicatriz vertical en la boca y un gato de peluche en el cuello.

Adalgisa también pudo reconocer a mi abuela y salió corriendo hacia las rejas para pedir socorro y contarle, susurrando a toda prisa, las atrocidades cometidas por la entonces directora de la residencia. La abuela pensó que quizás estas denuncias no fueran sino una exageración o incluso una invención (tantos años viviendo en la calle, sufriendo hambre, soledad y violencia, dejan a cualquiera paranoico). Pero ¿y si la tal Zoraida fuera verdaderamente una arpía corrupta?

Para descubrir la verdad, la abuela Nina se hizo pasar por amnésica, vivió por unos días en la residencia y se dio cuenta de que la opinión era unánime: todos se quejaban de los malos tratos y soñaban con ver a Zoraida entre rejas. Cuando el sueño se convirtió en realidad, invitaron a dirigir la residencia a mi abuela, que recibió el apoyo inmediato de Nito, Honorio, Alicia, Mila, Adalgisa...

Podría escribir páginas y páginas sobre estos y otros internos, pero creo que esta muestra confirma que tienen unas personalidades completamente diferentes. La abuela Nina sabe administrar dicha biodiversidad con habilidad y paciencia, podando los egos más peliagudos e involucrando a todos los internos en la reforma del caserón.

El primer desafío había sido recaudar fondos para las obras. ¿Cuánto tiempo tardaría en llegar el dinero prometido por el Ayuntamiento? Mi abuela tenía dificultad para

moverse por los laberintos de la burocracia y le fue más fácil remangarse y organizar ella misma bingos, rifas y ferias para comprar el material necesario. Las fiestas benéficas sirvieron también para unir a los internos. Libres del exceso de calmantes y de la tiranía de Zoraida, recuperaron el ímpetu de la juventud y dividieron las tareas, como pegar las tablas sueltas del parqué, tapan las grietas, pintar las paredes, desatascar los desagües, reparar el tejado, limpiar el depósito de agua, silenciar el goteo de los grifos y el rechinar de las puertas, enderezar las ventanas, exterminar los ratones y las cucarachas, cortar los matorrales del patio, cultivar un huerto, y, ¡prepárense!, separar los residuos orgánicos de los reciclables.

En pocos meses, el asilo se deshizo de la fama de embrujado y se transformó en una residencia de gran dignidad. Quizás no fuera exactamente lo que se dice el «hogar, dulce hogar» de sus sueños, pero sus habitantes estaban orgullosos de vivir en él y no sentían la necesidad de bautizar la casa con ningún tipo de eufemismo. En la placa colgada en la entrada, escribieron simplemente: «Bienvenido».

* * *

Desde la iglesia nos dirigimos al caserón, donde los internos habían preparado una fiesta sorpresa. ¡Y qué fiesta! A los novios se les recibió con alfombra roja y fuegos artificiales, las ventanas vestían cortinas de encaje y jarrones con flores naturales adornaban todas las mesas del patio. No tengo ni idea de qué producto milagroso utilizaron para dar brillo al parqué, pero tuve la sensación de andar sobre un espejo... ¡Menos mal que no llevaba vestido corto!

La fila para dar la enhorabuena a los recién casados hacía zigzag por toda la sala y avanzaba lentamente; llegada la hora de abrazar a los novios, la mayoría de los invitados recitaba discursos improvisados, rememoraba historias de la Edad de Piedra, o susurraba recetas afrodisíacas alegando que rompían la rutina y podían transformar el día a día en una interminable luna de miel. Al caer en mí las funciones de nieta y también de madrina, me vi obligada a quedarme junto a la abuela Nina, por lo que no tuve excusa alguna para librarme de todos aquellos besos empalagosos y palmaditas en la espalda. Exageraciones a parte, me divertí mucho con la gran variedad de personas extravagantes, extrañas, ingenuas, alegres, siniestras, osadas, carrozas, lerdas...; en fin, que mi memoria se abasteció de cantidad de personajes y de expresiones que algún día utilizaré en mis historias y novelas.

Aunque hubo alguien que, sin embargo, no me despertó ninguna simpatía: hablo, una vez más, de Matilde.

No satisfecha con estornudar hasta la saciedad durante la boda, tuvo la osadía de colgarse del cuello del novio y dejarle dos besos grabados, uno en cada mejilla. Detalle: ¡la cacatúa no constaba en la lista de invitados! Una novia de armas tomar habría montado la marimorena, pero la abuela optó por la elegancia y no le dio importancia al incidente.

Giré la cara cuando Matilde me dio un gran abrazo. Pero todavía fue peor lo que me susurró al oído:

—Tenemos que hablar. Estás en deuda conmigo, chica.

¿Qué derecho tenía aquella repipi caradura, a quien acababa de conocer esa misma tarde en el salón de Silvia, a exigirme el pago de una deuda? Y, además, ¿qué deuda? ¿Eh? Yo alegué que debía de haber alguna confusión, pero me dejó hablando sola y desapareció en dirección al patio.

Domingo estaba junto a mí y se dio cuenta de que algo me preocupaba.

—¿Qué quería esa mujer?

—No te preocupes —intenté quitarle importancia—. Debe de haberme confundido con alguien.

Tras el último cumplido de la fila, fui corriendo hacia Silvia para hablar con ella sobre Matilde.

—Es una de mis clientas más complicadas —dijo Silvia—. Llena de frustraciones.

Acabé descubriendo que Matilde era una solterona, como se acostumbraba a decir en la época en que a las palabras no se les colgaba el rótulo de «políticamente incorrectas». Silvia me informó de que había sido novia y desfilado con velo y guirnalda por la catedral repleta de gente, al son de un vals vienés interpretado por una orquesta de violines. La boda, no obstante, no llegó a celebrarse. En el clímax de la ceremonia, justo en el momento de decir «sí, acepto a esta mujer como legítima esposa», el novio comenzó a tartamudear y se desplomó sobre la alfombra antes de poderse aflojar la corbata. Lo llevaron a toda prisa a urgencias y allí, a solas con el médico, confesó que se encontraba en perfectas condiciones, agradecido por las atenciones, y que el desmayo no había sido sino una escenita para salir de la iglesia sin que lo apedrearán y así poder seguir disfrutando del paraíso en el que habitan los solteros.

Matilde no llegó a enloquecer del todo, pero pasó mucho tiempo dándole vueltas a lo ocurrido. Se quedaba todo el día en la cama, sin fuerzas ni siquiera para quitarse el camisón ni abrir la ventana, solo veía películas de terror en la televisión y se aplacaba con la tarta de boda que había recibido como regalo y que guardaba en el frigorífico.

Solo puso de nuevo los pies en la calle tras acabar con el último trozo.

Sus padres respiraron aliviados cuando Matilde decidió abandonar la clausura, aunque solo salía de casa para asistir a banquetes de boda. No es que hubiese superado el trauma. Invitada o no, no se perdía ni un banquete de boda con el único objetivo de alcanzar el buqué que lanzaban las novias (como si la leyenda de que esas flores atraen pretendientes fuera realidad). Sin embargo, Matilde era demasiado baja para enfrentarse a sus rivales; además, estaba tan hinchada de la tarta que saltaba con dificultad y perdía todas las disputas. En un intento de ponerse en forma, se apuntó en una escuela de fútbol donde entrenaba de portera.

—Lo único que consiguió —decía Silvia, esforzándose por contener la risa— fue romperse un dedo.

Ese fue el final de nuestra conversación. Llegó Apolo y pidió permiso para llevarse a Silvia, la tomó del brazo y fue a presentársela a unos amigos. Eché un vistazo alrededor en busca de Domingo, pero quien estaba junto a mí era Matilde.

—Espera —me dijo, cuando comenzaba a alejarme—. Tengo una sorpresa para ti.

Pensándolo bien, ¿por qué huir? Era mejor enfrentarse a Matilde y acabar de una vez por todas con aquel tormento. Me inspiré en la elegancia de mi abuela Nina:

—¿Habla usted conmigo?

Ignoró totalmente mi pregunta. Bajó la cabeza, metió la mano en el bolso bandolera de piel de leopardo y sacó una revista... ¡de crucigramas! Movía los dedos y pasaba las hojas con furia hasta que encontró la página que buscaba. Leyó en voz alta:

—Matilde se atraganta con su propia lengua.

¡La frase que escribí en el salón de Silvia! Con el corazón a cien, permanecí en silencio para saber qué pretendía Matilde. Me elogió con cierta burla:

—Me gusta mucho tu letra. ¡Tan redondita!

Miré a la puerta e hice como si alguien me llamara.

—Me tengo que marchar —discúlpeme.

—Aún no he terminado —me detuvo Matilde, cogiéndome por el brazo—. En realidad, esto es solo el comienzo.

—Me está usted apretando.

Me soltó, mostrándome los dientes. No supe decir si se trataba de una mueca o una sonrisa.

—Solo quería felicitarte. Tu poder es impresionante.

—¿Poder? —pregunté, arqueando las cejas y haciéndome la desentendida.

—¡De darle vida a las palabras! Solo tuviste que escribir una frase para que yo me pusiera a toser inmediatamente. Casi me muero de asfixia.

Solté la única explicación que pude improvisar:

—Tengo la manía de escribir mis deseos. En ese momento, quería que usted parase de hablar mal de mi abuela. Por eso escribí la frase. Lo que sucedió luego fue coincidencia.

Matilde me volvió a agarrar. Pero esa vez me apretaba todavía más fuerte.

—¿Te crees que soy idiota?

—¿Quiere soltarme? Se me va a poner el brazo rojo.

—Vas a ver lo que es bueno... Cuando comencé a toser, en el salón de belleza, me dieron tantas palmadas que tengo las costillas llenas de hematomas.

Pensé que quizás sería mejor llegar a un acuerdo. Respiré profundo y cambié de tono:

—Está bien, no merece la pena enfadarse. Discúlpeme usted por lo sucedido.

—No estoy aquí simplemente por las disculpas. —Puso la mano sobre mi hombro—. Lo que necesito es un pequeño favor.

En el mismo instante, la abuela Nina subió al estrado cerca de la ventana para avisar que iba a lanzar el buqué. De repente, una multitud de mujeres con los brazos alzados invadió la sala.

Disputarse el buqué de la novia es un deporte divertido a todas las edades, sin importar que la ganadora todavía sea demasiado joven para casarse. A mí me hubiera encantado ganar el juego (una especie de béisbol para atletas solteras) y así poder guardar de recuerdo las flores lanzadas por mi propia abuela. Matilde, sin embargo, no me dejaba en paz:

—Tú puedes hacer que se cumpla el mayor deseo de mi vida —dijo, sacando un bolígrafo del bolso—. Solo tienes que escribir la frase que yo te voy a dictar.

Cuando le dije que no me gustaban los dictados, Matilde crujió los dedos y fijó el índice en mi nariz. Me puse bizca al mirar aquella uña larga, con esmalte plateado y en forma de puñal.

—Si te niegas, Joana Rosalía, subo inmediatamente al estrado y le digo a Dios y a todo el mundo que la nieta de la novia hace milagros.

—¡Qué absurdo! —dije, forzando la risa—. Nadie está tan loco como para tragarse esa historia.

—¿Seguro que no? Todas las mujeres se quedarán boquiabiertas cuando les muestre lo que está escrito en la revista y les cuente que, con solo una frase, casi me asfixias.

¿Debía ceder al chantaje de Matilde o permitir que armase un escándalo y arruinase la boda de mi abuela? Sin saber qué decidir, intenté ganar tiempo:

—¿Qué quiere... qué quería que escribiera?

—Una frase muy sencilla: «Matilde coge el buqué de la novia».

¡Pero cómo tiene la gente tan poca imaginación! En vez de pedir un marido cariñoso o un amante lujurioso, la mujer se deja llevar por la superstición y apuesta por la hipótesis de que un simple ramo de flores sirve de pasaporte para casarse.

Tamaño ingenuidad me dio una estupenda idea:

—Pero no tengo papel. ¿Puedo escribir en la revista?

Solo había una forma de escapar del chantaje: arrancar y romper la página donde había escrito que Matilde se atragantaba con su propia lengua. Pero la mujer no era tan ingenua. Al ver mis intenciones, guardó la revista en su bolso y me dio un pañuelo de papel, además de un ultimátum:

—Tienes diez segundos para cumplir mi petición. Nueve, ocho, siete...

El coro ya había comenzado la cuenta atrás para el lanzamiento. La abuela Nina estaba de espaldas al público y balanceaba el buqué arriba y abajo al ritmo de las palmas y los números. Ya no quedaba más tiempo para vacilaciones. Sin pensar en las consecuencias de mis acciones, tomé el bolígrafo y resumí la frase: «Matilde coge el buqué» .

Las flores despegaron con velocidad, pasaron como un rayo entre los brazos erguidos, esquivaron la lámpara con una curva y se posaron como una bandada de palomas mensajeras en las manos temblorosas de Matilde. Re-

cibió los aplausos con una expresión de falsa sorpresa y fue exhibiendo el anhelado trofeo por las cuatro esquinas de la sala.

La proeza fue suficiente para atraer las miradas de los hombres. Por un instante, Matilde se convirtió en reina de la fiesta y encandiló las hormonas de los invitados más necesitados. Muchos se inclinaban para besarle la mano, ofrecerle una copa de vino y susurrarle invitaciones secretas al oído.

Los admiradores más entusiasmados eran Nito y Honorio, cada uno tirando de Matilde para sí.

—Yo la vi primero. Va a bailar conmigo.

—¡Pero si no puedes ni andar recto!

—Puedo bailar toda la noche y aún me quedarían fuerzas para romperte la cara.

Mientras los demás internos se divertían con la disputa, Silvia me preguntó cómo había alcanzado el buqué Matilde. Entonces le conté que me había sentido presionada: si me hubiera negado a escribir la frase, Matilde hubiera sido capaz de estropear la fiesta.

Silvia se quedó pensativa y me dio un consejo sombrío:

—Mucho cuidado, Joana. Las ansias de salvar la fiesta pueden destruir tu vida.